

*ALGECIRAS. Misa Acción de gracias por 250 de la Capilla Virgen de Europa.
Viernes 11 de octubre, 2019*

Queridos amigos, sacerdotes, autoridades civiles y militares, fieles todos:

Con esta Misa de acción de gracias celebramos la presencia de la Capilla de la Virgen de Europa en esta Plaza Alta de Algeciras, desde hace 250 años. Sin duda podemos decir que Dios está presente entre nosotros, ha puesto su tienda entre los suyos, su delicia es estar con los hijos de los hombres, como nos dice en la Sagrada Escritura:

“Yo estaba a su lado como un hijo querido y lo deleitaba día tras día, recreándome delante de él en todo tiempo, recreándome sobre la faz de la tierra, y mi delicia era estar con los hijos de los hombres” (Prov. 8, 30-31). Y sigue: “Y ahora, hijos, escuchadme: ¡felices los que guardan mis caminos! Dichoso el hombre que me escucha velando ante mi puerta cada día, guardando la entrada de mi casa. Porque el que me encuentra ha encontrado la vida y ha obtenido el favor del Señor, pero el que peca contra mí se hace daño a sí mismo y todos los que me odian, aman la muerte” (vv. 32.34-36).

Pues bien, identificados con estas palabras del Libro de los Proverbios, esta tarde nos congregamos a las puertas de la Capilla para dar gracias a Dios por su presencia entre nosotros, y para velar por su casa, para encontrar su favor. Sabemos por experiencia que quien le encuentra “ha encontrado la vida”.

Nuestra querida Capilla de Europa, o de la Virgen de Europa, se llama así desde que se le cambió el nombre en el s. XVIII, cuando se reconstruyó tras el tristemente célebre terremoto de Lisboa. Antes de la reconstrucción, era un chozo, tal y como se refleja en algunos escritos de la época, con techo de caño y paredes de piedra. Tras los daños sufridos por el terremoto, se derribó el edificio y se construyó uno nuevo. Durante el proceso todos los bienes de la Capilla, incluida la imagen de la Virgen, fueron trasladados a la Iglesia de la Palma, construida años antes para dar cabida a todos los fieles de la ciudad.

En 1769 se termina la construcción, y desde entonces la Capilla, que se encontraba en el cortijo de los Gálvez, siguió alojando a la imagen hasta que en 1864 los gibraltareños consiguieron que la imagen volviese a su Santuario original, donde permanece desde entonces. Esto obligó a encargar en Algeciras otra imagen de Nuestra Señora del Rosario de Europa, nombre completo de la advocación.

El templo algecireño fue asaltado durante la República, en el año 1931 para después ser vendido a una familia que la arrendó a un carpintero. Se mantuvo como carpintería hasta la posguerra, cuando hubo un movimiento para recuperar la Capilla y devolverla al culto. Por ello se creó la Hermandad del Cristo Atado a la Columna, popularmente conocida como la Columna (Un proceso similar al llevado a cabo en la Capilla de San Isidro). El edificio se empezó a resentir por la construcción de otro a su lado y por el derribo del edificio contiguo para conectar el paseo marítimo con la Plaza Alta. Esto provocó grietas que

desplazaron a la Hermandad de Columna de la Capilla. Se hizo una reconstrucción casi íntegra de la misma, dejando poco más que la portada sin obrar. Esta última restauración fue posible por un movimiento ciudadano que movió a muchos y concitó a los devotos.

Su historia hasta el día de hoy se manifiesta como una colaboración de todo el pueblo que venera a la Virgen y quiere su templo, cargado de historia.

La alegoría de Jesús que hemos escuchado en el evangelio describe perfectamente la relación de amor y vida del cristiano con su Señor, del que dimana todo bien.

La imagen de la viña es símbolo del pueblo que el Señor ha elegido. Como una viña, el pueblo requiere mucho cuidado, requiere un amor paciente y fiel. Así hace Dios con nosotros, y así somos llamados a hacer nosotros, con los demás. También cuidar de la familia es una forma de trabajar en la viña del Señor, para que produzca los frutos del Reino de Dios. Jesús nos habla del misterio de nuestra inserción a Él por la gracia. "Yo soy la Vid y vosotros los sarmientos". Nuestro Señor expuso esta alegoría a sus apóstoles la noche de la Última Cena, y con ella nos introduce a todos los cristianos en el seno de su intimidad divina. Nos está diciendo que estamos unidos a Él con un vínculo tan profundo y tan vital como los sarmientos están unidos a la vid. Dios nos ha amado tanto que ha querido hacernos partícipes de su naturaleza divina, como nos dice san Pedro (II Pe 1,4), y nos creó para gozar de la comunión de vida con Él (*Gaudium et Spes*, 19). La unión del amor que nos une a nuestro Señor Jesucristo es infinitamente más fuerte y poderosa que la cadena más gruesa e irrompible del universo. ¡Tan fuertes son las cadenas del amor! Pero todo ha sido por mérito y benevolencia de Cristo hacia nosotros.

Oremos, pues, para que esta unión nunca llegue a romperse por culpa nuestra, por negligencia, por ingratitud, por soberbia o por los caprichos de nuestro egoísmo y sensualidad. En esto consiste el pecado: en rechazar la amistad de Dios y la unión con Cristo a la que hemos sido llamados por amor, por vocación, desde toda la eternidad, desde el día de nuestra creación y del propio bautismo. Y es que nuestro Señor no obliga a nadie a permanecer unido a Él.

Jesús además nos habla fundamentalmente de dependencia para dar frutos, y de perseverancia. Vinculados fuertemente con Cristo, asentados en él, profundizamos en la virtud de la fe – esperanza – caridad: "sin mí no podéis hacer nada".

¿Cómo podemos permanecer unidos a Cristo? Por el amor a Él y por la vida de gracia santificante: evitando el pecado, frecuentando los sacramentos, intensificando nuestra vida de oración, procurando cumplir la santísima voluntad de Dios en cada jornada y practicando el precepto de la caridad. La mejor respuesta, sobre todo, nos la ofrece el ejemplo programático de la primera comunidad cristiana.

La realización de la vida cristiana queda comprometida en la presentación de la comunidad que hace el Libro de los Hechos de los Apóstoles. Los primeros

cristianos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Esto es: vida común, vida evangélica, enseñanza de los Apóstoles, partir el pan, compartir la vida y los bienes, atención a los necesitados.

Si queremos vivir unidos a Cristo y obtener los frutos de vida eterna hemos de volver siempre a los fundamentos de la fe. Recordemos que con el testimonio de los apóstoles nacieron las primeras comunidades cristianas, que rápidamente se fueron extendiendo por todo el Imperio Romano. Su forma de vivir y de amarse atrajeron a muchos y las distintas persecuciones que sufrieron no pudieron evitarlo. Los textos cristianos de los primeros siglos muestran que las personas que se integraban en las primeras comunidades de seguidores de Jesús lo hacían atraídas por el estilo de vida y las prácticas de quienes las formaban.

Siempre elegimos nuestra forma de vivir, aunque sea contracorriente. El estilo de vida se elige y se adopta de forma consciente. El estilo de vida puede ser más o menos crítico y alternativo respecto al modo de vida impuesto por la sociedad a la que se pertenece. La meta de aquellos que abrazaban la fe era los modos de mirar y valorar la realidad según el estilo de vida de la familia de los hijos de Dios hasta que se convirtieran en hábitos espontáneos, reflejos. Al final del recorrido, antes de su bautismo e incorporación plena a la comunidad, las personas eran examinadas, pero no de sus creencias, sino de sus prácticas. Las comunidades organizaron la atención a viudas y huérfanos: hacían contribuciones voluntarias en dinero, les acogían en sus casas, les apadrinaban y posibilitaban un futuro. La organización de la comunidad llevó a fundar pronto los primeros orfanatos (siglo IV).

El escrito cristiano sirio de la Didajé, de finales del siglo I, y la Carta de Bernabé, o los textos de Justino Mártir, denunciaban malos tratos y los desórdenes sexuales como vicios incompatibles con el estilo de vida cristiano. Frente a ello los seguidores de Jesús extendieron las prácticas de adopción desinteresadas, por piedad y compasión; fueron en eso verdaderamente contraculturales. También lo fueron los cristianos en aceptar y acoger de manera universal en sus comunidades a extranjeros, a personas de diferentes pueblos, frente a las prácticas de las religiones étnicas de aquel tiempo. El cristianismo hizo así una aportación peculiar y nueva al dirigirse también a los esclavos. Sabemos que a los esclavos no se les reconocía el derecho sobre su cuerpo, ni a la libre movilidad, ni siquiera a su nombre que les era dado por el amo. No tenían derecho a formar una familia. Los cristianos a los esclavos, como seres morales, les inculcaban una conciencia de dignidad, y se les trataba como personas queridas por Dios y con un lugar en la comunidad de bautizados, ejerciendo incluso cierto liderazgo.

De este modo generaron hábitos nuevos y, poco a poco, una sensibilidad moral nueva que fueron cuestionando prácticas normalizadas en el modo de vida de la cultura dominante. Hubo dos prácticas generalizadas que fueron la marca de la vida cristiana: la limosna y el compartir los bienes, una práctica determinante en el estilo de vida cristiano, porque expresaba un tipo de relaciones sociales guiado por la solidaridad y la generosidad.

Volvamos pues al fundamento del misterio – comunión – misión (cf. Carta de Francisco a los Obispos alemanes) para renovar aquí nuestra fe en este Mes Misionero Extraordinario que quiere poner la misión en el corazón de la vida del cristiano, sin olvidar que cuando se habla de una nueva evangelización no se puede olvidar una cosa sencillísima: que Jesús ha dado él mismo, como anticipo, una explicación de la difusión de su Evangelio y de ella hay que volver a partir cada vez que se asume un nuevo compromiso misionero.

La Virgen María, Nuestra Señora de Europa, guardaba todas estas cosas en su corazón y nos lleva también a nosotros. Ella nos repite, como en Caná de Galilea: “haced lo que el os diga”. Solamente así viviremos los algecireños el Misterio de Dios y la Comunión y podremos ver los grandiosos frutos de gracia en el mundo. De este modo perseveraremos en la fe siendo en esta ciudad levadura de Dios en la masa, luz divina en medio de la oscuridad cultural del mundo, fuente de vida nueva, iglesia viva capaz de renovar el mundo.

Nuestra Señora de Europa, Ruega por nosotros.